

César López Osornio

(1931-2015)

In Memoriam

Enrique González De Nava

Temperley, marzo de 2015

La muerte y el nacimiento son dos puntos equidistantes. El hombre que aprende a ver el fin desde el principio se hace Señor de sí mismo, pues se libera de la Magia de los puntos equidistantes, es decir, de la ley condicionadora de la POLARIDAD.

César López Osornio.

|

Conocí a César en la Escuela de Bellas Artes (al poco tiempo Facultad) de la UNLP (Universidad Nacional de La Plata), en el año 1971. Yo era estudiante de Escultura y él era el titular de la cátedra de Visión.

La de César era una cátedra muy estructurada. Por ella pasaban todos los estudiantes de Artes Visuales que eran atendidos por un conjunto de ayudantes en turnos bastante estrictos. En principio aquella organización fue un escollo para mí: nunca fui un estudiante muy organizado y ese orden de entregas – entregas bastante voluminosas con ejercicios varios – me inhibía un poco.

César estaba en las evaluaciones, pero, que yo recuerde, no estaba siempre en un punto fijo, en una terminal, en una mesa, sino que merodeaba “por ahí”. El rol que se reservaba para sí, además de organizar el plan general (creo que en colaboración con su adjunta y también con los ayudantes), era el de aleccionarnos de tanto en tanto con unas exposiciones teóricas apasionadas llenas de referencias al punto, la línea, el plano, el color, la luz, etc., y alusiones a aquellos artistas que constituían su fuente de inspiración conceptual, principalmente Kandinsky. A mí no me costaba mucho seguirlo porque había sido estudiante de Historia de las Artes en la UBA y era muy lector. Pero me entretenía observando a mis compañeros que lo seguían con los ojos abiertos (algunos con la boca abierta, también), con el respeto que se siente por aquello que no se entiende del todo pero que se intuye que está impregnado de significación.

Un par de años después, cuando más que en alumno y profesor nos habíamos convertido en amigo mayor y amigo menor por una rara afinidad, le hablé de esa experiencia reiterada con sus clases teóricas. “César: ¿vos crees que te siguen cuando te parás ahí, delante de todos nosotros y te mandás esos rollos saturados con referencias que no reconocen?”, y él – creo recordarlo entre los velos acumulados durante cuarenta años – sonrió con cara de sabio chino de porcelana y me contestó: “No importa, lo principal es comunicar entusiasmo”. Todos nuestros encuentros

personales – en los pasillos de la facultad, en su taller, en una exposición – tenían para mí el carácter de un enigma: el enigma de la amistad brindada desinteresadamente por alguien que podría haber sido el padre de uno y que entonces era, sin duda, un artista desarrollado. Y en esa ocasión, que fue en su taller mientras admiraba la destreza con que realizaba su serie de cuadros “Soles de la Pampa” basados, fundamentalmente, en lo que él denominaba *color-luz* (y que yo tanto apreciaba entonces y continuo apreciando ahora) se me reveló uno de esos enigmas: César era un *entusiasta* y estaba completamente compenetrado con la estética que había adoptado, la que entonces se denominaba *geometría sensible* y años después él denominó *la otra geometría*, y sus discursos no debían ser analizados, sino, más bien, recibidos en su integralidad como lo que eran: una comunicación orientada en una dirección, rica en connotaciones como una obra de arte. Al final de esta nota voy a ofrecer una demostración de lo que acabo de afirmar.

Pero, por otro lado, César era (y ese fue otro enigma que comenzó a revelármeme en aquella época) una persona con capacidad para organizar un grupo con fines educativos o expositivos; capacidad que quedó completamente comprobada con su retorno a La Plata para organizar el MACLA (Museo de Arte Contemporáneo Latinoamericano de La Plata) sobre la base de donaciones de artistas que aportaban sus obras por la confianza que le tenían. Por eso, cuando se tuvo que exiliar con su familia, intempestivamente, en 1975, por una denuncia que resultó ser gratuita, sentí que era mucho lo que yo perdía; y ese sentimiento no hizo sino confirmarse en los años siguientes.

El retorno de César a la Argentina estuvo relacionado con el retorno de la democracia.

Primero comenzó a aportar a la Facultad de Bellas Artes de Oberá, en Misiones, donde eran profesores Mirta Rosetti y Carlos Martínez, ambos profesores de La Plata y amigos míos. Carlos me invitó conocer la Facultad (y a integrarme al cuerpo docente, cosa que no pude hacer por la distancia) y estuve alojado en la misma casa que ocupaba César cuando viajaba a la Argentina desde Barcelona, donde estaba radicado. A César lo pude ver en Buenos Aires y retomamos el contacto interrumpido por los años de dictadura y exilio. Sin embargo, no fue hasta 2000, cuando retornó a La Plata con un contrato para fundar el MACLA que reanudamos nuestro contacto personal.

A partir de ese momento nos vimos con bastante frecuencia y nuevamente volví a comprobar su amplitud al invitarme a exponer con un grupo de artistas relacionados con él, primero, y con él mismo, en una colectiva, unos años después. Pero también retomamos una inquietud que me había manifestado años antes, exactamente donde la habíamos dejado: la publicación de un texto sobre “el punto”, elaborado durante los 70 o los 80 (la fecha no me quedó clara y en el texto no figura) que deseaba que estuviese complementado, en esta ocasión, con comentarios míos. Pero ese texto - o esos textos, porque resultaron ser dos, y muy diferentes entre sí, aunque complementarios - estaba perdido en algún lugar de unos cajones llenos de libros que había traído de Barcelona, y que no podía desplegar en bibliotecas por falta de espacio y de tiempo en cada una de las tres casas que llegó a ocupar, sucesivamente, en La Plata.

En los 70 yo había intentado contribuir con él y con su cátedra traduciendo la versión inglesa de Sibyl Moholy Nagy del bellissimo Cuaderno de Diagramas Pedagógicos de Paul Klee, una contribución del pintor y pedagogo suizo para la Bauhaus de Weimar. César estaba encantado y me facilitó la publicación de la recopilación de las clases de Klee, realizada con mucho trabajo por parte de un ex alumno – Jürg Spiller - años después de la muerte de Klee en 1940, en un grueso tomo recientemente editado en inglés. El Cuaderno de Diagramas Pedagógicos fue traducido unos años después, en Venezuela y en Argentina, y pude comprobar que mi traducción no estaba por debajo de aquellas, más profesionales; en algunos detalles conceptuales y estilísticos, la mía era más ajustada. Mi intención, con la que César estaba de acuerdo, era completar el aporte con la traducción de una extraordinaria conferencia de Klee sobre la pintura moderna de 1924, que para ese entonces tampoco estaba traducida. Lamentablemente, no pudimos llegar a implementar en su cátedra aquellos textos, porque los años ominosos que precedieron a la irrupción de la dictadura militar – 1974 y 1975 – hicieron que César, por una denuncia gratuita proveniente de alguien de su entorno más cercano, tuviera que exiliarse amenazado por las AAA. *“A partir de ahora, no podemos vernos más; nos vamos en una o dos semanas; ahora no te puedo contar nada por tu seguridad; cuando vuelva, te cuento”*. Mary y él eran jóvenes y sus hijos eran chicos, y no podían correr riesgos en aquel ambiente y clima políticos crecientemente siniestros, donde los argumentos y las razones habían pasado a valer como la vida, poco y nada; y donde la justicia – me refiero a la justicia de los jueces – estaba entrando en un eclipse total.

Cuando nos volvimos a ver, creo que, en Buenos Aires, en 1985, César había desarrollado notablemente su lenguaje pictórico con una serie de trabajos donde el color-luz y las formas primarias – círculo, cuadrado, triángulo – se combinaban en imágenes exquisitas trabajadas con rodillo o con pincel. Años después, en 2001, recuerdo haber visto en su departamento cercano a Barcelona - cuando César ya estaba instalado en La Plata, pero aún debía arreglar sus cosas en España -, un cuadro totalmente engamado en verdes con muchísimos valores tonales perfectamente ajustados entre sí, que me gustaría volver a ver para continuar apreciándolo porque en aquella ocasión, o miraba el cuadro o participaba de la cena y de la conversación. También, dio la casualidad de que Marynés - mi esposa - y yo, nos hospedáramos en un hotelito que había sido el mismo en el que César se hospedara cuando comenzara a hacer sus primeras incursiones en Barcelona, antes de quedarse a vivir allí durante años.

Con respecto a la obra de César, debo decir que nunca me convenció la presencia de sus obras en las exposiciones MADÍ - notables, por cierto - que se realizaron en el MACLA. Para mí, la disciplina MADÍ – la estética MADÍ – logró una propiedad que la diferencia de otras modalidades del arte geométrico: que las obras tengan una presencia puramente fenomenológica; es decir: son “lo que hay”, lo que se ve, lo que se presenta a la mirada con apenas una ligera dramaticidad visual puramente lúdica, en el sentido de juguetona. Los artistas MADÍ han logrado sustraerse al espesor simbólico que normalmente impregna a las obras de arte. Han reducido el lenguaje visual a relaciones puramente visuales. El drama de la vida, con sus tensiones y conflictos, está ausente, con una ausencia tan patente, tan bien lograda, que se transforma, paradójicamente, en una presencia: presencia por ausencia. Pero no es el caso de César: sus obras tienen, con carácter de

inmediatez, de evidencia, como un imperativo incluso, una fuerte presencia simbólica que las hacen, para mí, verdaderos intrusos dentro del clima casto que instala una muestra MADÍ.

El 2011 César ya había pasado por incontables percances corporales y fisiológicos. Tantos, y de tal gravedad, que ya nos habíamos acostumbrado – los que estábamos en contacto con él, pero especialmente aquellos que lo atendían en el día a día, Mary, su esposa, antes que nadie – a verlo en silla de ruedas. Sentado, sí, pero no postrado. Porque el espíritu no lo abandonó y hasta se propuso y logró desarrollar una modalidad de imágenes en relieve novedosa en su obra, que le permitió continuar explorando el color-luz con un radio de lectura horizontal de casi 180 grados. Su exposición en el Museo Sívori hace poco más de un año, y su última exposición en la galería Hoy en el Arte de Teresa Nachman a fines de 2014, son una demostración de la continuidad y de la permanencia de los valores que exploró desde los 70 cuando se orientó, definitivamente, a la geometría de las formas básicas en función del color-luz, la *otra geometría*, como él la denominó (creo que por primera vez en los 90), y aportan evidencia de que César siempre concibió a la pintura como un arte simbólico, y no como un juego visual (aunque también lo sea, y sin contradicción). Fue entonces cuando, en 2011, durante el transcurso de una exposición en el MACLA que compartí (afortunadamente) con el pintor Jorge Pereira por sugerencia de César, reapareció “el punto”: César – o Mary, probablemente - encontró los textos sobre el punto que estábamos buscando (o que nos estaban buscando) desde hacía tantos años...

Esa fue la última aventura intelectual que pudimos emprender; pero tampoco logramos llegar a buen puerto. La palabra impresa siempre huyó de nosotros y nos esquivó durante cuarenta años. La prueba está en que, necesitando yo un texto crítico sobre mi obra, particularmente sobre la serie de *Columnas rítmicas* 2006-2011, se me ocurrió pedirselo a César en 2012, sabiendo que escribía bien y las apreciaba. Pero desde entonces la suerte se ensañó con él cada vez más y un día me dijo: “sé que te debo un texto, pero es que me salvé de tantas cosas que me da la impresión de que, si lo escribo, puede ser lo último que escriba...”. “¡Ni se te ocurra escribirlo!”, le contesté.

Lo último que recuerdo haberle dicho fue, saliendo de la exposición de 2014 (hace muy pocos meses), “*al fin, vos sos el más guapo entre todos nosotros*”; y César, en su silla de ruedas, levantó los brazos en alto como un campeón de boxeo o de lucha que acaba de ganar una pelea. Esa es la última imagen que tengo de él, la de un campeón.

No sé qué César habrán conocido otros que lo frecuentaron (cada uno de nosotros es varias personas diferentes, por lo menos dos), pero yo siempre voy a recordar su sentido del humor a flor de piel, franco y dispuesto a dispararse en cualquier ocasión. Me refiero al humor cómico, ese ligado a la risa. Siempre que estuvimos reunidos en una mesa, en un restaurante, en su casa, en su escritorio, solos o acompañados por gente conocida o no, por una cosa o por otra – y con mucha frecuencia de nosotros mismos – nos reíamos mucho.

Sus escritos sobre el punto no habían sido tocados desde los 80 cuando (supongo yo) los revisé para adaptarlos a su trabajo docente en Oberá. Yo los leí y, tal como habíamos arreglado, se los devolví con unas cuantas apreciaciones preliminares, muy lejos aún de producir nada que mereciera publicarse. Uno es un texto didáctico, pero con el espíritu de César. El otro, el más

interesante en mi opinión es, directamente, un texto de carácter místico, y se denomina: *El punto como centro de la nada*.

En efecto, había en César una raíz mística que es la misma que se había manifestado en su estada en Japón pero que tenía, por lo que puedo observar, más carácter chino que japonés; en todo caso, tanto carácter chino como japonés, habida cuenta de la deuda que la cultura japonesa tiene con la china (y la china con la hindú, sobre todo en lo que hace al budismo y sus ramas). También es posible relacionarlo con la corriente platónica en Occidente – uno de los componentes fundamentales de la Tradición Clásica - que es, evidentemente, una corriente mística; es decir, una corriente que se ocupa de las “cosas últimas”; o de las primeras y fundamentales, que es lo mismo, pero desde otro ángulo. No descartaría ecos del pensamiento de Rudolf Steiner, que tuviera tanta influencia en el pensamiento (el verbal, al menos) de unos cuantos artistas importantes del Movimiento Moderno.

Yo, por mi lado, comencé a elaborar una serie de “reflexiones sobre el punto” dándole rienda suelta a mi tendencia exploratoria, empírica y, al mismo tiempo, especulativa, y a mirar las cosas desde abajo antes que desde arriba, o, mejor, desde varios ángulos a la vez; y cuando le pasé a César mis preliminares, observamos que nuestros puntos de vista o ángulos de visión eran muy diferentes entre sí: el mío – exploratorio y especulativo - parecía muy condicionado por la evolución científica y por la evolución artística; el de él parecía un desarrollo de la tradición esotérica, apriorística, de la Geometría Sagrada. Entonces se me reveló otra incógnita: en efecto, lo que había intuido hacía más de cuarenta años como un espíritu entusiasta y efusivo más que empírico y analítico, se me revelaba ahora con toda claridad en su texto perdido; perdido para él y para mí en nuestros respectivos exilios - exterior el de él, interior el mío -, y en las sucesivas mudanzas de su biblioteca; y me revelaba también una de las claves de su arte, definitivamente, quizás la principal: el espesor simbólico de su *otra geometría* impregnada de *color-luz*, que se orientaba hacia lo Absoluto.

Cuatro segmentos extraídos de su texto sobre el punto pueden ayudar a confirmar lo que acabo de sugerir:

El punto es “algo” que surge de la NADA. Es el determinante de las leyes de la creación. El espacio, contemplado objetivamente o en forma superficial da siempre esta sucesión de Nada. Sólo si surge algo de esta aparente nada, tenemos una imagen descriptiva del punto. Filosóficamente el PUNTO enlaza la NADA con el TODO. De no existir el “punto” no podría existir esta relación que origina la creación de los universos. El punto determina y cualifica, organiza y sintetiza. Nada puede existir geométrica o matemáticamente prescindiendo del punto.

.....

El punto, sea cual sea su ubicación en el Espacio, es siempre una expresión de la Voluntad o Designio de la Divinidad. El punto no tiene centro, pero es el centro de todas las cosas. Dios, el inefable GEOMETRA,

extiende la inmensa área del universo haciendo surgir el PUNTO. El eterno COMPAS se apoya en este punto para crear los indescriptibles límites de su universo, de su creación en el TIEMPO.

.....

...el punto eternamente desconocido y ultra secreto que constituye el soporte de la Voluntad del Gran Arquitecto.

.....

Al principio del Universo la "ATENCIÓN" de Dios creó un punto en las divinas oquedades del Espacio. Después, con el compás de la Voluntad y apoyándolo sobre este punto, trazó una dilatadísima circunferencia, que muchos ocultistas denominan "el círculo-que-no-se-pasa". Dentro de los ámbitos de esta inmensa circunferencia creó el Universo. Pero desde las altas regiones cósmicas, un universo es sólo un insignificante punto sobre el cual compases mayores crearán más amplias e infinitas circunferencias y más dilatados universos. La circunferencia es un punto que se apoya en otro punto. Así se extiende, por una increíble sucesión de puntos y de circunferencias, la gloria de las infinitas creaciones.

El texto de César tiene la coherencia que le dan los principios sobre los que apoya su pensamiento. Sin embargo, las dos últimas afirmaciones de *El punto como centro de la nada* parecen trascender esos principios tal como se pueden apreciar en los segmentos que consigné.

Escribe César(los subrayados son suyos):

Esta superior cualidad vibratoria del punto crea las dimensiones del Espacio. Nada está más allá del punto, ni en lo divino, ni en la geometría, ni en lo humano. El punto es el centro de todo.

Al afirmar que "nada está más allá del punto" y que "el punto es el centro de todo", César parece atribuirle al "punto" los atributos que le reconocía a la Divinidad en un párrafo que ya cité:

El punto, sea cual sea su ubicación en el Espacio, es siempre una expresión de la Voluntad o Designio de la Divinidad. El punto no tiene centro, pero es el centro de todas las cosas. Dios, el inefable GEOMETRA, extiende la inmensa área del universo haciendo surgir el PUNTO. El eterno COMPAS se apoya en este punto para crear los indescriptibles límites de su universo, de su creación en el TIEMPO.

César no se dedicaba a escribir, no era un teórico, era un artista plástico y un docente que ocasionalmente escribía, y esas dos afirmaciones – que no son coherentes con los principios enunciados porque parecen trascenderlos – deben ser fruto, sospecho yo, de ese entusiasmo cargado de convencimiento con el que escribía y disertaba. Por eso me permito traducirlas (pero solo aquí, no en el texto de César), porque creo que quiso decir, en línea con los principios expuestos, lo siguiente:

Nada puede prescindir del punto: ni lo divino, ni la geometría, ni lo humano. El punto está en el centro de todo.

El texto de César no es un ensayo didáctico destinado a un contexto educativo, ni es una comunicación orientada a sostener un diálogo filosófico explícito o público, sino una manifestación espontánea de su idiosincrasia, sobre todo del estrato profundo de su pensamiento estético, y aporta una clave inestimable para comprender sus esfuerzos artísticos que en tantas ocasiones resultaron en una imagen plástica con las propiedades de un Mandala. Por eso debe comprenderse que el título de la exposición de César- “el punto como centro de la nada” –no es contradictorio con su afirmación final – “el punto es el centro de todo” - porque, según César:

Así, la idea abstracta de la NADA o del TODO, al tratar de enjuiciar al punto, puede conducir a altas significaciones que escapan a las leyes relativas que regulan la mecánica de las formas geométricas que se mueven en el espacio.

Y la idea del espacio como un simple punto, o como una vastísima, omniincluyente y omniabarcante esfera que todo lo contiene dentro de sí, aparece como la más elevada concepción humana acerca de la geometría ultracósmica. La idea de un espacio dentro de otro espacio, de una esfera dentro de otra esfera mayor y más concluyente, o de un punto dentro de otro punto, pueden ayudar a descubrir ese enorme secreto del cual derivan todas las creaciones universales.

Como nada y como todo, como principio y fin de todas las cosas, como espacio y como tiempo, como movimiento dinámico o como reposo estático, el punto aparece siempre en la génesis de todas las creaciones.

El misterio del punto y el milagro permanente del punto creando las líneas maestras de la acción creadora, todavía no han sido correctamente explicados ni adecuadamente comprendidos. Constituyen aún misterios iniciáticos.

El punto como centro de la nada se manifiesta para mí como el símbolo de una parábola: la un punto móvil que, habiendo sido una vez un punto inicial, el del origen de nuestra amistad, se convirtió con la acumulación de los años y de las obras, y con las peripecias de la vida, en un punto final que se insinuó hace unos años en el horizonte vital de César, y que él gambeteó durante no sé cuántos partidos (había sido, no lo olvidemos, buen jugador de fútbol en su primera juventud) con una destreza – creo yo - equivalente a la destreza que empleó en la construcción de sus mejores cuadros.

Creo que ahora, habiendo retornado al punto que según César está en el origen, en la trayectoria y en el final de todo y de cada cosa, el mejor homenaje que le puedo hacer es dar a conocer – entiendo que por primera vez - el texto que estoy comentando, para que prolongue su pensamiento más allá de su relativa desaparición.

E.G.D.N.

II

El punto como centro de la nada

César López Osornio

El alma de las cosas constituye un punto de atención en el espacio.

El cuerpo viene a ser la extensión geométrica de este punto. La importancia del punto es evidente incluso en el aspecto psicológico del ser, pues los vehículos astral y mental pueden ser considerados ellos mismos “extensiones geométricas del punto en distintos niveles vibratorios”.

La vibración, como un movimiento vivo en el espacio, surge de un punto llámesele psicológico o místico. Todo sucede en las misteriosas entrañas del espacio, el cual – esotéricamente considerado – es una entidad “cuyo punto (central) está en todas partes y la circunferencia en ninguna”. Esta idea, absolutamente abstracta, da una noción, sin embargo, de la absoluta grandeza de esta incomprendible e indescriptible entidad, generadora de todas las posibles extensiones geométricas. Los puntos de los cuales surgen estas extensiones geométricas, dentro de la eximia belleza de la forma, son inicialmente la Voluntad que utiliza al espacio como marco supremo de todas las posibles extensiones geométricas. Un universo, un mundo, un hombre o un átomo no son sino puntos seguidos por la inevitable sucesión de elementos geométricos que son extensiones del espacio o “movimientos en el éter que constituye el espacio”.

Un universo – y todas sus posibles analogías – es un punto en el centro del círculo infranqueable de las posibilidades lógicas de expansión geométricas.

Dentro de este círculo “infranqueable”, la geometría que es el andamiaje de la imaginación, extiende el punto de Voluntad lógica hasta los más ignorados confines. A este movimiento que va del punto a la periferia, llenando de formas geométricas el espacio, se lo denomina evolución. La evolución, sea cual sea su nivel, viene condicionada siempre por la expansión cíclica del punto. El punto, sea cual sea su ubicación en el Espacio, es siempre una expresión de la Voluntad o Designio de la Divinidad.

Al punto puede considerársele además como un centro de conciencia, pues todo centro de conciencia es un punto de voluntad espiritual en proceso permanente de expansión cíclica.

En el centro de toda cuestión, filosófica, psicológica o mística, el punto aparece siempre como un elemento mágico de equilibrio, el eje de relación inevitable entre las fuerzas centrípeta (la

gravitación) y centrífuga (el movimiento de expansión cíclica) que condiciona el principio de creación de los mundos.

El punto es siempre el centro de aplicación de toda fuerza y de toda energía. En un sentido oculto y trascendente podríamos decir que el punto es el elemento dinámico a través del cual la energía espiritual se convierte en fuerza material. Es, por tanto, el eje mágico alrededor del cual oscila y se transmite toda forma de movimiento, ya sea de la materia o del espíritu.

En la creación de formas, ya sea la del universo o la de un simple átomo, el punto actúa como centro condensador de la materia (substancia del éter), o como centro focal del espíritu.

Los universos son expresiones de una serie de puntos oscilantes alrededor de puntos mayores. Tal es el secreto de la jerarquía de los Dioses.

Desde un ángulo de visión esotérico y utilizando capacidades de visión supranormal el punto aparece como una esfera, de la misma manera que el triángulo con base cuadrangular aparece como una pirámide y el cuadrado es como un hexaedro o cubo. La peculiaridad de esta visión es que permite observar los cuerpos desde varias dimensiones. La superficie se convierte en volumen y el volumen en una forma radiante, sutil y transparente que permite observar el juego o movimiento incesante de la energía creadora en su interior. La sucesión de puntos como base de la ordenación geométrica de cualquier forma en el espacio puede apreciarse, en cierto nivel, como una incesante proyección de esferas en movimiento.

Si examinamos con este tipo de visión el punto, o la esfera del átomo, veremos que en su interior se mueve, de acuerdo con la calidad de ese átomo o elemento químico, una serie impresionante de formas poliédricas, luminosas, impresionantemente vívidas. Y observadas estas formas geométricas poliédricas, extremando la intensidad de la visión, se las verá formadas por un incalculable número de esferas luminosas y transparentes, unidas entre sí por el dorado hilo de un propósito, o de una intensión, o de una voluntad que constituye lo que técnicamente podríamos definir como conciencia de átomo. Y esta conciencia, utilizando la transparente visión causal, adopta la forma de una esfera nítida, cuyo color y cuya radiación delatan la calidad mística de esta conciencia, como el perfume delata a la flor.

El espíritu del arte debería apoyarse cada vez más sobre el punto o esfera de la conciencia. Entonces habría una sublimación del arte. Se entraría en aquello que muchos grandes artistas denominan “perfectas medidas proporcionales”, cuyo secreto no pertenece a las leyes geométricas de la materia, sino a las leyes matemáticas del Espíritu. No obstante, cuando el artista logre

complementar el número con la forma, o la forma con el número, será capaz de comprender el misterio de las verdaderas medidas áureas o solares, de la verdadera creación artística. Estas medidas, encuadradas en las distintas proporciones, constituyen la base estructural de cualquier tipo de Universo. Sin estas medidas áureas aplicadas geoméricamente fallarían las bases del equilibrio universal.

El Veronés y Leonardo Da Vinci fueron dos iniciados que poseyeron y utilizaron en sus obras la clave mística de las “medidas áureas”.

No se puede concebir el arte sin poseer una concepción matemática del universo. La concepción matemática en arte es algo tan esencial como la belleza geométrica lo es para el filósofo.

Debido a que la gran explosión artística que floreció en el Renacimiento se basó en ciertos secretos universales basados en “las correctas medidas proporcionales”, es muy difícil que sea superada, ni siquiera emulada por los artistas modernos.

Cuando un artista moderno, pintor, escultor u orfebre, viendo la obra del Renacimiento, la considera actualmente como “inmovilista”, demuestra el ojo de la persona culta y civilizada, que es un necio e ignorante de lo que hay que entender como “verdadero arte”. No está preparada su mente aunque posea una técnica artística apreciable, para recibir el inapreciable don de las verdaderas medidas solares, con las cuales el Gran Arquitecto sustenta las bases del universo.

Las medidas áureas - no lo olvidemos - son inicialmente “concepciones matemáticas”, anteriores al surgimiento de las maravillosas formas geométricas. El artista ha de ser tan buen matemático como buen geómetra.

Todo cuanto existe de espiritual o de material en el mundo, arranca de un punto. Es el ente primario que, en el hombre inteligente, suscita el eterno interrogante: ¿Quién soy?, ¿De dónde vengo?, ¿A dónde me dirijo? Es el triángulo equilátero que surge del punto de luz de la conciencia.

El punto puede ser considerado entonces, con distintos grados de abstracción, desde el punto geométrico a partir del cual se extienden las líneas maestras de la forma, hasta el punto eternamente desconocido y ultra secreto que constituye el soporte de la Voluntad del Gran Arquitecto. De los grados de abstracción de los puntos se generan todas las posibles formulaciones de las líneas geométricas que en su ir y venir a través y alrededor del punto de abstracción, que lo es también de atención, construyen las redes geométricas de la forma.

El auténtico creador que conjuga armoniosamente las ideas como puntos y los pensamientos como líneas que surgen de estos puntos, sabe conjugar así tanto los puntos matemáticos como las líneas geométricas. La definición del artista creador tanto como la del filósofo es: “aquel que persigue sin descanso las líneas que surgen del punto hasta glosar la cálida belleza de un Arquetipo”. En el Arquetipo, sea cual sea su calidad, magnitud y profundidad, se alían armoniosamente los puntos y las líneas. No hay que olvidar que el Arquetipo es noble centralización y expansión de las medidas áureas y de las correctas proporciones arquitectónicas.

El punto – visto desde los más elevados niveles cósmicos – aparece como “algo” viviente en las inconmensurables regiones del espacio. Visto desde éste ángulo un universo, un planeta o cualquier astro, son puntos que se mueven en las insondables regiones del infinito.

Considerado el firmamento como espacio, todos los puntos brillantes que se mueven en su dilatado seno, dan una noción de vida y de esperanza. El principio de la geometría – según los iniciados – surge de la contemplación de estos puntos celestes y de la habilidad de trazar con ellos las más bellas y complejas figuras geométricas.

El punto como unidad abstracta, nos da la sensación extraña de Realidad Trascendente. Un punto luminoso dentro de la conciencia nos brinda una idea de la Divinidad.

Los puntos que siguen a este luminoso punto, creando líneas que darán lugar a las más complejas y variadas formas geométricas, pueden ser considerados los propulsores de la extensión del espacio, representaciones formales del universo manifestado.

Al principio del Universo la “ATENCIÓN” de Dios creó un punto en las divinas oquedades del Espacio. Después, con el compás de la Voluntad y apoyándolo sobre este punto, trazó una dilatadísima circunferencia, que muchos ocultistas denominan “el círculo-que-no-se-pasa”. Dentro de los ámbitos de esta inmensa circunferencia creó el Universo. Pero desde las altas regiones cósmicas, un universo es sólo un insignificante punto sobre el cual compases mayores crearán más amplias e infinitas circunferencias y más dilatados universos. La circunferencia es un punto que se apoya en otro punto. Así se extiende, por una increíble sucesión de puntos y de circunferencias, la gloria de las infinitas creaciones.

Se echará de ver, muy luego, que el punto es la base fundamental de todo cuanto existe. Abstractamente, una idea es un punto. La extensión de este punto en formas de líneas origina el movimiento mental. Los pensamientos son puntos extensibles en movimiento.

Esotéricamente, la idea es un punto de concentración de Dios. Los pensamientos son la sucesión interminable de líneas que surgen de los puntos-ideas.

El punto es “algo” que surge de la NADA. Es el determinante de las leyes de la creación. El espacio, contemplado objetivamente o en forma superficial da siempre está sucesión de Nada. Sólo si surge algo de esta aparente nadaencia, tenemos una imagen descriptiva del punto. Filosóficamente el PUNTO enlaza la NADA con el TODO. De no existir el “punto” no podría existir esta relación que origina la creación de los universos. El punto determina y cualifica, organiza y sintetiza. Nada puede existir geométrica o matemáticamente prescindiendo del punto.

Siempre será el centro de un universo dotado de acción y reacción, de fuerza centrípeta y fuerza centrífuga, es decir, de movimiento de gravitación hacia el centro de sí mismo, y de movimiento de expansión que le obliga constantemente a salir fuera de sí para cumplimentar las leyes de la objetividad.

La gravedad le confiere un “movimiento estático”, la expansión le obliga en todo momento a moverse en forma dinámica.

El punto geométrico se mueve siempre en el espacio. Pero ¿acaso el espacio, visto con las altas medidas de una desconocida percepción cósmica, no es también quizás un punto moviéndose dentro de un espacio todavía mayor? Y aquí entramos ya en aquella concepción del espacio que podríamos denominar ULTRADIMENSIONAL.

El punto puede estar sujeto a dos movimientos, el de rotación sobre sí mismo, que a la percepción superficial puede aparecer como estatismo o movimiento, y a la extensión de sí mismo en el espacio creando las líneas que constituyen el dinamismo de la acción. El punto estático demuestra la ley de gravedad y la fuerza centrípeta, o sea: el punto dentro del punto. El punto dinámico, por el contrario, revela siempre una “dirección hacia...”. Es una expresión de la tendencia universal a la expansión, al movimiento cíclico, en especial hacia los más alejados confines, como la piedra lanzada en el agua, que se mueve siguiendo este impulso que surge de la mecánica de la eterna expansión del punto, que jamás culminaría si las leyes de la evolución no la obligaran a circunscribirse al área de su propio condicionamiento, al “círculo-que-no-se-pasa” de las propias limitaciones del movimiento de expansión, o fuerza centrífuga del Universo.

Estos dos “movimientos” del punto, el estático y el dinámico, expresan los conceptos de relativo y de absoluto. Pero todo depende de la visión del observador, que, siendo un punto en el área de sus propias observaciones, puede convertirlas en relativas o en absolutas. Todo dependerá entonces de

si, como observador, está limitado a un punto de gravedad que lo ata a su propia conciencia o si ha logrado rebasar ampliamente este punto de gravedad y navega libremente por las desconocidas y omniabarcantes áreas del movimiento de expansión cíclica. La IMPLOSION o el movimiento hacia dentro del punto, crea la gravedad y el aparente estatismo, la EXPLOSION expresa la mecánica del movimiento hacia fuera del punto, su libertad genuina de moverse libremente por el espacio, creando las pequeñas y las grandes coordenadas cíclicas.

Por su natural e íntima condición, el punto puede contraerse o dilatarse creando el átomo o el más esplendente universo o galaxia. Todo depende del campo de observación desde el cual se lo percibe, es decir del concepto visual.

La tensión crea contracción, la distensión crea dilatación o expansión. Todo dependerá siempre del ángulo de vista del observador y de sus capacidades de contraerse y de expandirse. Este tipo de observación “voluntaria” se realiza a través de la clarividencia. Si la clarividencia esta convenientemente entrenada, podrá contraer su visión a la pequeñez del átomo, o abstraerla a un punto de dilatación que puede contemplar el universo.

Un estudio de lo que son realmente las “dimensiones del espacio”, con sus eternas capacidades de contracción y de expansión, sería realmente útil para tratar de revelar la infinita grandeza del PUNTO.

La integración de los puntos crea el movimiento de expansión.

La forma geométrica – de la naturaleza que sea y cualquiera que sea el plano donde ejercita su función - es el resultado de una reunión de puntos sabiamente entrelazados que siguen dentro de aquella forma un movimiento particular o específico.

Hay que analizar pues el PUNTO desde tres ángulos diferentes de observación, aunque indisolublemente complementarios, ya que su unión constituye la mecánica viva de todos los movimientos:

a-El PUNTO como PROPOSITO, INTENCION o VOLUNTAD.

b-El PUNTO como IDEA, como cualidad inherente a la Voluntad.

c-El PUNTO, como forma geométrica, nacida como un resultado de la voluntad y la idea.

La forma geométrica, tal como la conocemos y tal como se expresa en el espacio, es una entidad mecánica, cuyos puntos se ajustan invariablemente porque proceden de niveles superiores a los de la propia forma.

La idea geométrica responde también a impulsos superiores a los de su propio nivel, pero ordena los puntos, las líneas y los arquetipos de sus formas, siguiendo unas directrices mágicas que la utilizan como PUNTO de proyección y expansión de un PROPOSITO.

La voluntad es la ordenadora de todo principio y de toda forma geométrica. Es el centro de todos los movimientos y genera las ideas que impulsan estos movimientos. Es un PUNTO de atención, llena de un impresionante DINAMISMO, que se centra en el espacio y determina la eclosión de la idea.

La idea es la cualidad que la INTENCION trata de introducir en la forma geométrica, para que esta se convierta en un PUNTO de objetividad que la represente dignamente en el mundo de las formas en movimiento.

El punto es la expresión mínima, o la expresión máxima de cualquier tipo de forma. Dependerá en todo caso del ángulo de visión o perspectiva con que sea considerado. El átomo, se dice, es la expresión mínima en la escala de las formas; pero... ¿qué sabemos de sus interioridades, de la inmensidad de puntos que podrían ser considerados, caso de poseer clarividencia, más allá de los protones, electrones y neutrones?

El universo, visto desde las inconcebibles regiones cósmicas, aparecerá también como un punto, susceptible de contener una infinita cantidad de puntos en sus dilatadísimos repliegues. Examinando el estrellado firmamento cada sol, cada sistema de mundos y cada planeta, sea cual sea su extensión y magnitud en el espacio cósmico, aparecen como simples puntitos de luz afectando nuestra retina. Desde el ángulo de la perspectiva universal, todo cuanto existe aparecerá como “simples puntos”, ante la observación humana...

La figura geométrica, ante la observación de los habitantes de la tierra, nació como consecuencia de unir entre sí, mediante la imaginación, todos los puntos observados en el espacio y en el insondable firmamento. Por esto a las figuras geométricas se las suele definir en ciertas claves ocultas: “las hijas de la imaginación”. La imaginación y el espacio crean las formas, es decir de los infinitos andamiajes de la imaginación.

La separación entre los puntos y el infinito anhelo de integrarse entre sí, creó las bases de aquello que llamamos “evolución”. Los puntos están sujetos a la dualidad, al principio positivo y negativo de la creación. Al surgir la línea entre dos puntos en el espacio, sea cual sea su extensión, quedaron invariablemente sujetos a esta inexorable ley de la polaridad. El punto de arranque tiene carácter positivo; el fin de la extensión de la línea, que termina con el último de los puntos, tiene carácter de negativo. Así, es infinita la cantidad de polaridades que pueden ser establecidas dentro de una sola forma geométrica. Esta, considerada en su esencia expresiva es un movimiento de puntos en el espacio, determinando aquellos vacíos entre puntos que llamamos tiempo. Está idea es muy sutil y no puede ser correctamente comprendida utilizando únicamente el intelecto.

Así la idea abstracta de la NADA o del TODO, al tratar de enjuiciar al punto, puede conducir a altas significaciones que escapan a las leyes relativas que regulan la mecánica de las formas geométricas que se mueven en el espacio.

Y la idea del espacio, como un simple punto, o como una vastísima, omniincluyente y omniabarcante esfera que todo lo contiene dentro de sí, aparece como la más elevada concepción humana acerca de la geometría ultracósmica. La idea de un espacio dentro de otro espacio, de una esfera dentro de otra esfera mayor y más concluyente, o de un punto dentro de otro punto, pueden ayudar a descubrir este enorme secreto del cual derivan todas las creaciones universales.

Como nada y como todo, como principio y fin de todas las cosas, como espacio y como tiempo, como movimiento dinámico o como reposo estático, el punto aparece siempre en la génesis de todas las creaciones.

El punto no tiene centro, pero es el centro de todas las cosas. Dios, el inefable GEOMETRA, extiende la inmensa área del universo haciendo surgir el PUNTO. El eterno COMPAS se apoya en este punto para crear los indescriptibles límites de su universo, de su creación en el TIEMPO.

Todas las cosas creadas surgieron de un punto. El sacrificio del punto crea la línea y con ella la extensión del punto en el tiempo, la superficie, el volumen y aquella realidad de forma tan sutil, que está más allá incluso de las leyes mecánicas que regulan el volumen de los cuerpos. Para aquellas formas tan sutiles que se mueven en otras dimensiones del espacio, hay que utilizar un tipo de percepción que escapa por completo a todas las leyes geométricas conocidas.

La idea de sacrificio en relación con el punto creando la extensión de la línea es muy abstracta, y no estará seguramente al alcance de todas las mentes. Pero, si imaginamos la obra de la araña,

destilando de sus propias entrañas el hilo que le sirve de soporte y de andamiaje, la idea podrá parecer algo más clara.

Pero la araña utiliza el hilo que segrega de sí para crear su habitáculo y las condiciones de su propio SUSTENTO. El punto, por el contrario, desgarras sus entrañas y extrae de ellas el hilo de todas las creaciones. El punto es indescriptiblemente IMPERSONAL. Vive y se expresa más allá de sí mismo. No sirve preso en las limitaciones del egoísmo de retener. Su ley es DAR y OFRECER.

El misterio del punto y el milagro permanente del punto creando las líneas maestras de la acción creadora, todavía no han sido correctamente explicados ni adecuadamente comprendidos. Constituyen aún misterios iniciáticos.

Este misterio y el consecuente milagro producido, eran revelados a los iniciados en las profundidades indescriptibles del arte creador, conjuntamente con el gran secreto de las medidas áureas o solares. Algunos de estos iniciados promovieron la gigantesca ola artística que culminó en el Renacimiento...El gran Leonardo, Miguel Ángel y el Veronés, conocían intuitivamente estas supremas medidas áureas de las que se escancia el movimiento creador del Arte verdadero.

Lo demás son simples ensayos, los balbuceos de un recién nacido que está aprendiendo a hablar.

El mundo carece actualmente de verdadero ARTE porque fueron profanadas las medidas áureas. El pecado del siglo es haber perdido el rastro de aquellas medidas inmortales, la herencia sagrada de los Dioses, que enseñaron a ciertos privilegiados artistas las normas serenas del ARTE. El arte es el movimiento creador de Dios utilizando la ciencia de los puntos.

La muerte y el nacimiento son dos puntos equidistantes. El hombre que aprende a ver el fin desde el principio se hace Señor de sí mismo, pues se libera de la Magia de los puntos equidistantes, es decir, de la ley condicionadora de la POLARIDAD.

El punto no tiene partes, pero todas las partes arrancan de un punto. Si imaginamos al punto como una esfera, su proyección a través de la línea creará una anchura que será proporcional al diámetro de la esfera. Así la línea tiene extensión y anchura, dependiendo siempre de la mágica expansión del punto, de sus características especiales, de acuerdo con sus virtudes intrínsecas y de la velocidad de sus movimientos de extensión.

Cuando la línea que surge del punto adopta la curvatura del espacio, se repliega sobre sí misma y crea un PUNTO mayor, a partir del cual se genera un nuevo movimiento rectilíneo en el Espacio. Esto lo conocían ya insignes geómetras del pasado. La superficie plana es un cambio de dirección

de la línea, o el entre-juego de muchas líneas disputándose una posición en el espacio. Es la segunda dimensión del PUNTO, si consideramos a este como una ENTIDAD que quiere conquistar el Espacio y dotarlo de todas las cualidades expansivas de la forma.

Lo mismo puede decirse del volumen que es una contracción mayor del punto en el espacio, creando una nueva dimensión.

Cuanto mayor sea la contracción de la línea sobre el punto, cuantas más líneas se acumulen en el plano, mayor será la cualidad objetiva de la forma en las tres dimensiones.

Cuando el punto atraviesa las fronteras que se extienden de la tercera a la cuarta dimensión, es mayor la acumulación de líneas en el volumen, pero paradójicamente dejan de ser visibles a la visión normal de los caracteres distintivos de la forma. Esta verdad empieza a ser notoria cuando la visión gaseosa se convierte en visión etérea, cuando el agua se convierte en gas y el gas en éter... En realidad, todos son puntos con sus correspondientes líneas moviéndose a mayores velocidades en el Espacio... A mayor velocidad mayor noción de tiempo, una mayor extensión del punto en el espacio con su correspondiente cambio de RITMO.

Esta superior cualidad vibratoria del punto crea las dimensiones del Espacio. Nada está más allá del punto, ni en lo divino, ni en la geometría, ni en lo humano. El punto es el centro de todo.

C.L.O.